
San Millán, Patrimonio de la Humanidad

Ángel Martín Municio

Arbor CLX, 629 (Mayo 1998), 171-177 pp.

El Monasterio de San Millán de la Cogolla acaba de recibir de la UNESCO el título de Patrimonio de la Humanidad. Efectivamente, pocos patrimonios de la humanidad como la lengua, y pocos patrimonios orales y escritos como los nacidos al calor monástico de San Millán hace un milenio largo. La lengua y la literatura castellana, de España y América, son la brillante justificación de este patrimonio.

Es del todo obvio que las cosas, cada cosa, no son sino valores. No hay una realidad única e invariable. De forma que, al acercarnos a cada una de ellas con distintas apreciaciones, obtendremos en lugar de una sola cosa una colección de cosas diferentes. Para un labriego, la tierra es una siembra, unos surcos y una mies; le preocupan los abonos, los arados y las lluvias; y sueña con la cosechadora mecánica. Para un astrónomo, la Tierra, además de escribirla con mayúscula, es un planeta del sistema solar; le preocupan la interpretación matemática de la gravitación universal y la explosión de las supernovas; y sueña con la unificación de las fuerzas del universo.

Y a la lengua podemos acercarnos desde múltiples sistemas de valoración. La lengua tiene tantas realidades como numerosos puntos de examen, de cuyo conjunto nace un formidable panorama en el que sobresale la vinculación del lenguaje con la misma naturaleza humana.

Algunas de esas realidades son vagas, laxas, cuyas aproximaciones bastan para los usos del vivir cotidiano. Hay, además, otras realidades forjadas en un sistema de relaciones más exactas, científicas. Y, en su derredor, mitos, religiones y filosofías, que, durante muchos siglos, sustentan lógicas o peregrinas ideas sobre los orígenes del lenguaje. Hasta que, tras un enorme salto, nos encontramos hoy con las numerosas perspectivas de su estudio tanto de la ciencia lingüística como de la historia de los lenguajes. Lo que ha conducido a la moderna ciencia del lenguaje que incorpora al estudio de las lenguas particulares toda una serie de aportaciones convergentes por parte de la filosofía, de las ciencias sociales, biológicas y del comportamiento.

Creo que todo ello tiene mucho que ver con este día, con este lugar, y con los proyectos que nacen al calor de la naciente Fundación de San Millán.

Efectivamente, los balbuceos romances de la lengua castellana —a los vagidos se referirían Menéndez Pidal, Dámaso Alonso y Emilio Alarcos— tuvieron sus testimonios más antiguos en los escritos de los cenobios riojanos, sin que pueda delimitarse con precisión geográfica e histórica las distancias entre la tradición latina documental y las lenguas coloquiales, de un lado, y los incipientes rasgos literarios de los pergaminos, de otro.

Si esta confluencia entre lenguas, ante la carencia de fuentes orales principalmente, no puede llegar a establecerse con precisión, no resultarán extrañas las grandes dificultades con que tropiezan la investigación y las especulaciones naturalistas del origen del lenguaje. Lo que sí está claro, sin embargo, es que este origen no puede separarse de la consideración de la naturaleza humana y de la sociedad humana. Y también, que la adquisición de la aptitud anatomofisiológica del hombre para el *habla* se hubo de coordinar con la de su capacidad cerebral para la modulación del *pensamiento* y expresar lo que piensa o siente. Porque ver y tocar las cosas —como dijo el filósofo— no son, al cabo, sino maneras de pensarlas. Y el pensamiento central del hombre primitivo no fue la aritmética ni la física, fue su idea de Dios, del universo y de sus relaciones. O lo que es igual, el lenguaje no fue, y no lo es, único instrumento de comunicación humana, sino también intercambio de abstracciones mentales para las conversaciones más importantes, las conversaciones consigo mismo y con Dios.

Solamente así se explica la repetición incesante del primer capítulo del *Génesis*: «*Dijo Dios*»; *dijo Dios con su palabra interna, en su decisión, por su pensamiento*. Y la rotunda influencia lingüística del capítulo segundo, cuando, tras haber sido creadas todas las bestias de la Tierra

las llevó a Adán, «Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese como los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dió el hombre nombre a todos los ganados y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo».

Sólo así cabe pensar en las soledades buscadoras de trascendencia de los *eremitas* cristianos de los primeros siglos, dedicados al estudio y al ejercicio de las virtudes, que poblaron las covachas de los montículos de Nájera, y que anticiparon a las pequeñas comunidades de *anacoretas* y a la misma vida monástica comunitaria. Aquellas *fábricas de soledad* —que llamara Ortega— las de tantos cenobios, en la cima de un monte con un ciprés y una espadaña, para amansar las pasiones de unos cuantos sayales con el color de la tierra, y con sus almas pulidas como cantos rodados. Y, por los montes Distercios, milagreaaba San Millán, en los siglos V y VI, en la transición de la soledad liberadora a los rediles cenobíticos. De pronto, la vida monástica, sin abandonar su originario apartamiento del mundo, comenzaba a integrarse en él; los monjes, a la vez que continuaban en la humildad y la obediencia, cambiarían los métodos y los fines del monacato; los monasterios, recintos de oración y ascetismo, ampliarán sus funciones, albergarán tesoros materiales y espirituales, y en la actividad de los monjes participará la lectura, la creación de bibliotecas, la copia de manuscritos y, en general, la actividad intelectual.

Sólo así se entiende la definición de la experiencia mística que, en «*Llama de amor viva*», hiciera declarar a San Juan de la Cruz que «*el lenguaje propio de cosas tan subidas es entenderlo para sí y sentirlo y gozarlo y callarlo el que lo tiene*». Sólo así se interpreta la referencia de Unamuno: «*la lengua española pensó y sintió a Dios en Santa Teresa*».

Y, por todo ello, filósofos y lingüistas coinciden en reconocer que sin el concurso de los signos seríamos incapaces de reconocer las ideas. El pensamiento en sí mismo sería como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado, y donde nada sería distinto antes de la aparición de la lengua. De aquí que el pensamiento sea imposible sin lenguaje; y más aún, como, en el siglo XVIII, aseguró el gran naturalista Buffon, *el hombre habla debido a que tiene razón*.

No tendrá entonces nada de extraño que a esta manifestación superior de racionalidad se refiriese el filólogo hispanoamericano Amado Alonso, a propósito de cuantos hablan una lengua: «*No es la lengua un organismo vegetal, ni animal, ni natural, ni tiene leyes autónomas, ni condiciones de existencia ajenas a la intervención de los hablantes*;

ha sido lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están haciendo y será lo que hagan de ella. Nuestra lengua y su porvenir está en nuestras manos, en nuestra voluntad, en nuestra intervención cotidiana y activa».

Y así, ya en el siglo X, bajo el gobierno del abad Gomesano, el *scriptorium* de San Millán, centro neurálgico de la biblioteca, pudo participar en el porvenir de la lengua con los *Comentarios a los Salmos*, la copia de la *Ciudad de Dios* de San Agustín, y, sobre todo, con el famoso códice 46 que, a modo de diccionario enciclopédico de la época, ha permitido a los profesores de la Universidad de la Rioja, los hermanos García Turza, investigar, aparte del vocabulario y sus formas, la cultura y el pensamiento medievales.

Ante estos documentos, ante las innovaciones y las vacilaciones lingüísticas de hace un milenio, no tenemos sino que reconocer con Marañón los esfuerzos de los que nos precedieron, porque *los que heredan una gran riqueza no se dan cuenta de ella como los que han tenido que ganarla con su esfuerzo. Nosotros tenemos situación de privilegio por haber aprendido esta lengua clara de Castilla. Pero este privilegio lo tenemos que merecer cada día con nuestro esfuerzo y con nuestro amor. El tesoro de una lengua ilustre significa un servicio permanentemente alerta, un anhelo constante de perfección.* Lo han merecido, en efecto, todos los que, tras los balbuceos riojanos, han ido pasando hasta nuestros días el testigo de la perfección y la belleza de la lengua, de un lado, y, de otro, los que en empresas militares, misioneras, y colonizadoras, la aventaron por mares y continentes. El testigo que, a modo de romance, acompañó al Cid en sus correrías militares; que ya como *lengua científica* sirvió al Rey Sabio en el «*Saber de Astronomía*»; que se convirtió en dejes de *melancolía* en las coplas de Jorge Manrique; que fue *picardía popular* en los versos del Arcipreste; que se hizo *norma* en la gramática de Nebrija, *poesía* en Garcilaso, *novela* en el Lazarillo, *comedia* en la Celestina, *perfección* en Fray Luis, *universalidad* en Lope, y, en Cervantes, el *arranque de los tiempos modernos* en la historia del hombre. Lengua que, con Calderón, se hizo *teología popular*; sirvió para la *exaltación barroca* de Góngora; y, en Quevedo, encontró el cincel para la *burla* y la *ironía*.

Lengua que se hizo universal con las *Crónicas de Indias* de los protagonistas descubridores Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Pedro de Valdivia, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Gonzalo Jiménez de Quesada y Pedro Cieza de León. Y que tuvo en el Inca Garcilaso no sólo un espléndido ejemplo de transducción lingüística y cultural sino el origen de la prodigiosa dimensión de la

literatura americana hecha realidad y fantasía, lógica y magia, capacidad narrativa y riqueza lingüística. Dimensión en la que, desde «*La Florida del Inca*» y los «*Comentarios Reales*» del hijo del capitán Garcilaso de la Vega, se ha visto fructificada en la novela contemporánea.

La *literatura colonial*, a pesar de las distancias y los mares, se impregnó, en el siglo XVI, de la imaginación renacentista en «*La Araucana*», y tuvo en Sor Juana Inés de la Cruz, en el siglo XVII, la gran representante de la lírica barroca americana. Más tarde, si el romanticismo europeo obedeció a un proceso histórico, amplio y complejo, el romanticismo americano fue una expresión de las exigencias del patriciado criollo emergente de las luchas por la independencia, al estilo del «*Martín Fierro*» de José Hernández, una de las obras más famosas de la literatura argentina del XIX, y, sin duda, la maestra de la poesía gauchesca. Se imprimió la primera edición en papel de envolver, se vendió por pocos centavos en ranchos y pulperías, y la lengua de La Rioja y de Castilla se leyó en voz alta en todas las tabernas de la pampa.

Si, en efecto, la unidad de nuestra lengua tras la desunión política del XIX corrió gran riesgo, la presencia común de la Academia Española, por un lado, y, por otro, la aceptación por el castellano americano de sensibilidades independientes, con una renovación del lenguaje poético, un nuevo ritmo y una nueva estética, lograron sortear los posibles escollos. Quiere esto decir que el *modernismo literario hispanoamericano*, como nueva sensibilidad representada a finales de siglo por Rubén Darío y su obra en prosa y verso «*Azul*», significó no sólo un gran momento de la literatura americana llena de optimismo y de elegancia verbal, sino la presencia de nuevos intentos de renovación artística, y, a la vez, de nuevos escenarios de la lengua española con que compartir su unidad. De este movimiento se ha dicho: «*Vocablos y giros, ritmos y figuras renovaron el instrumento. La prosa escogió sus epítetos, buscó efectos de visualidad y sonoridad, adoptó la paciente taracea, aprendió la pincelada corta, nerviosa y segura de los impresionistas. El verso se hizo más flexible; los acentos cambiantes lo mostraron una rama dócil bajo la inquietud saltarina del pájaro. Metros arcaicos, elásticas yuxtaposiciones de pies distintos, ensayos de versolibrismo y de melodía interior, dejaron provechosa enseñanza. Pero en prosa y en verso el ornamento lujoso privó generalmente sobre la sustancia, y la opulencia externa tuvo así el esplendor momentáneo del follaje otoñal. El decenio siguiente barrió la hojarasca, salvó el fruto, cosechó la rica experiencia*».

A la vez y solapante con el modernismo, una especie de **realismo naturalista** penetró ampliamente en el siglo XX siguiendo los pasos

de variadas corrientes literarias europeas. A ello se refería el poeta venezolano Miguel Angel Pardo cuando comentaba de sí mismo: «*Si en vez de conferenciante fuera yo novelista, sería como Balzac, cruel con la sociedad de la época; como Flaubert, sereno con las costumbres de la época; como Tolstoi, pesimista y despiadado con las arbitrariedades de la época; como Zola, censor viril y en cierto modo sublime transformador gigante de su época*». Aludía con ello a la pretensión de este realismo de reflejar en el individuo los vicios de la sociedad y de sus instituciones. Los ensayos del mejicano Alfonso Reyes y del dominicano Pedro Henríquez Ureña, engarzan su estilo claro y brillante con la elegante prosa del Siglo de Oro español. En el ensayo «*La utopía de América*», Henríquez Ureña decía: «*...en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones; pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana....esperamos que cada región de América conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes: las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día; las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que poseemos el doble tesoro, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas ya en corrientes nuevas...*».

Al cabo de un siglo de independencia política, la literatura americana consolida su propia tradición. Y en expresión de Octavio Paz, *ahora sabemos a ciencia cierta que somos contemporáneos de todos los hombres y sabemos que formamos parte de una tradición cultural común...*. Y para dar cumplida fe de ello, valga tan sólo una corta e incompleta sarta de grandes nombres: el peruano César Vallejo, primer novelista del realismo social. El argentino Jorge Luis Borges, el autor más representativo de la literatura fantástica, luego seguido por Bioy Casares y Julio Cortázar, el mejicano Carlos Fuentes y el guatemalteco Augusto Monterroso. El guatemalteco Miguel Angel Asturias, barroco y surrealista, nostálgico de las fábulas y los mitos indígenas. El chileno Pablo Neruda, maestro en poesía y en prosa, solidario con el dolor del mundo en sus temas recurrentes: la política, el amor y la justicia social. El mejicano Alejo Carpentier asimilador en su obra de la de los cronistas de Indias, las novelas de caballerías, la picaresca y los autores del 98. El venezolano Arturo Uslar Pietri, maestro de la novela histórica y de las crónicas periodísticas. El uruguayo Juan Carlos Onetti, existencialista en sus personajes desvalidos, sórdidos y tristes. El paraguayo Augusto Roa Bastos, novelador magistral de los misterios de la historia. El físico argentino Ernesto Sábato, narrador de soledades e incomu-

nicaciones. El realismo mágico de Juan Rulfo, Rómulo Gallegos y García Márquez. El ensayo, como continuador del quehacer poético, novelístico y político, en el mejicano Octavio Paz.

Yo creo que toda esta maravillosa cosecha literaria hispanoamericana, sembrada hace un milenio en esta cuna de San Millán de la Cogolla, ha hecho cierto el deseo de Borges, al final de su ensayo *«El lenguaje de Buenos Aires»*, cuando dice: *«Nosotros quisiéramos un español dócil y venturoso que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud de dulzura de nuestros veranos y nuestras lluvias. Y con nuestra pública fe»*. Y, quizá, una buena, y sobre todo bonita, demostración de ello, de este llevarse bien, de nuestro afecto por la fe y la dulzura de su lengua, sea el que uno de los grandes representantes de la nueva narrativa americana, Mario Vargas Llosa, haya recibido recientemente, en esta tierra, el premio a las virtudes de sus gentes. De Vargas Llosa ha escrito hace poco uno de nuestros grandes de la lengua, amigo de La Rioja, Camilo José Cela: *«...cuando se enfrenta con el reto de crear mundos, juega con el lenguaje, incorporando a través de él la tradición que va desde los romances medievales a la renovación del gran realismo del pasado siglo, pero asimilando igualmente formas, géneros y registros característicos de la cultura popular contemporánea»*.

Y quisiera que esta apología final fuera a modo de valioso engarce con que cerrar en esta ocasión el collar milenario de la lengua que, nacida en San Millán, retorna a él, y, como laurel y corona, se acaba de manifestar en el reconocimiento de este Monasterio y de su entorno como Patrimonio de la Humanidad.

Patrimonio que va a tener en la Fundación de San Millán la conciencia mantenedora de su espíritu, y el cerebro que haga de este sitio guardavela de peligros, de aquellos que ya se preguntaba Pedro Salinas, hace medio siglo, en un discurso en Puerto Rico: *«¿Quedaremos, como quien dice, a la orilla del vivir del idioma, mirándolo correr, claro o turbio, como si fuese ajeno?»*.